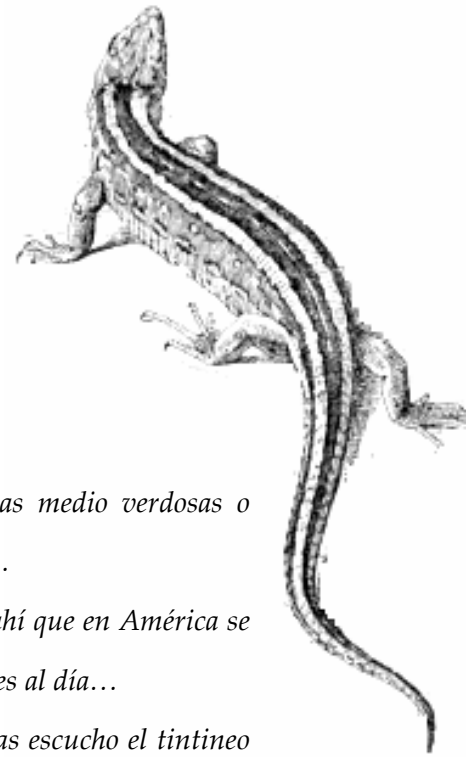


## LAGARTIJAS



- *Creo que les corta las patas traseras y las hierve en miel...*
- *No hombre, eso es una barbaridad, seguramente usa las escamas medio verdosas o amarillentas que, mezcladas con barro, se untan en la piel dañada...*
- *¡Pero por favor, ustedes no saben nada de medicina! Escuché por ahí que en América se hacen albóndigas con su carne y debe comerse eso al menos dos veces al día...*
- *Como sea, pero que yo no me acerco ni loco a esos enfermos, apenas escucho el tintineo de las campanas salgo corriendo. Además, vaya a saber lo que hicieron para recibir ese castigo... ¿Se estará burlando de nosotros este cura? Quizá sólo nos quiere tener entretenidos por aquí...*
- *No, no, esto es cosa seria. Estamos ayudando a un avance fundamental en la cura de enfermedades mortales. Me han contado como en otro hospital la gente sanaba inmediatamente. Quizá los muele con almendras y lino, disuelve todo eso en agua y a tomar ese mejunje a la caída del sol...*
- *Ah, sí, eso suena más coherente, puede ser. Pero cada vez llegan más así al San Lázaro, así que tendremos mucho trabajo esta temporada...*

En eso andaban los tres hombres mientras levantaban piedras del camino, se acercaban a orillas del río, buscando y buscando para poder cumplir con el encargo que el Presbítero Juan López les había hecho a cambio de unos cuantos maravedíes. Como otros leprosarios de la región habían cerrado sus puertas, ahora los enfermos viajaban hasta Granada buscando atenderse. Ya sea para evitar que se extendiera el contagio entre los campesinos de la zona, ya sea para asegurarse un lugar en el cielo, la Marquesa de Castromonte, Doña María Josefa Dávila Carrillo de Albornoz, había mandado por medio de su administrador general el dinero solicitado por la ciudad.

- ¡¡Ahí hay una, hombre!! ¡Cógela! ¡¡ Rápido, que se escapa!!
- ¡¡Es mía, es mía!! ¡Ups, me he quedado sólo con la cola en la mano!
- ¡Pero que torpe eres! ¡No sabes que tenemos que llevar unas cuantas de ellas, pero enteras!
- No importa, por esta zona debe de haber más. ¿Sirven vivas o muertas?
- No nos han aclarado eso. Si las usan para hipnotizar a esos pecadores quizá se necesiten vivas...
- Creo que con las tripas alcanza, así que podemos llevarlas muertas, a lo mejor se les echa sal y se pone sobre el pan de la mañana... ¡Menudo lío en el que nos hemos metido! ¡Que fácil la tienen los otros, sólo van a comprar gallinas al mercado!
- ¿Gallinas también? ¡Pero que es esto! ¡Un hospital o un zoológico! Había escuchado lo del aceite de calabaza, el uso del mercurio y hasta de la orina de burros para los tratamientos, pero esto... Quizá entonces se usan de alimento para las gallinas y después son las gallinas las que sirven para hipnotizar a los enfermos... ¡Miren, en esa roca tomando sol! ¡Son como mil! ¡Vamos a atraparlas!

Mientras caía la tarde, los hombres vuelven con la misión cumplida, se acercan apenas a la entrada del lazareto construido más allá de las murallas de la ciudad hace cientos de años, y entregan al misionero el saco que traían lleno de lagartijas, tal como se los había pedido. Pero antes de que pudieran desvelar la incógnita sobre la que estuvieron meditando todo el día, Juan López se encierra rápidamente en la botica, de la que salían cacareos y plumas volando, y no se lo vio salir hasta el día siguiente...



Ana Guerra

Biblioteca Nacional de Argentina